



Francisco José Martínez Morán, *Tacha*, Sevilla, Editorial Renacimiento, 84 págs.

Esta reseña está sujeta a una [licencia “Creative Commons Reconocimiento-No Comercial” \(CC-BY-NC\)](https://creativecommons.org/licenses/by-nc/4.0/).

DOI: <https://doi.org/10.24197/cel.10.2019.CVIII-CX>

Francisco José Martínez Morán (Madrid, 1981) ha publicado un libro ciertamente impresionante, lleno de equilibrio y a la vez perturbador, rebosante de emoción. Dicho con palabras del poeta, se trata de “La dulce paradoja” (p. 55) que nos asola con sus incertidumbres y certezas, lo que llegamos a entender y lo que no. Uno de los poemas axiales y más desoladores del libro es “Comunicarse” (p. 70), pues ilustra a la perfección el propósito sin fines de la escritura, el esfuerzo y la esperanza que pueden desembocar “en el interminable / prólogo del vacío” (ibíd.), en la desilusión y en la desesperanza del poeta y, por ende, de cualquier ser humano. Por tanto, desde la conciencia sólida y la madurez, asistimos a un proceso que puede concebirse como laberíntico —y que puede a veces llegar a ser angustioso— de deconstrucción de la escritura. Así, mientras el libro se deconstruye, se construye. Mientras contemplamos la conciencia poética del fracaso de la escritura, del fracaso rilkiano y último del decir, Martínez Morán nos regala la magia de la poesía, la flor limpia de la creación, desplegando toda su inteligencia emocional al entregarnos el secreto de la escritura. Son muchos los momentos en que el autor se cuestiona a sí mismo desde una rigurosa autocrítica, y lo que ello conlleva. Se podría resumir en el dístico “Todo” (p. 59), que dice así: “Todo está en otra parte: / lejos, como el deseo.” (ibíd.). También “Pavesas” (p. 71) se construye en su compleja significación desde la deconstrucción metapoética.

La sensación de incompletud viene precedida de un desgaste cotidiano, incluso arrastrado desde hace años, tanto en el aspecto individual como en el social del sujeto, y esos son los febles “Asideros” (p. 68) a los que se engancha: “Todo se llama, al cabo, / de la misma manera: en su universo / de meses sin palabras, cada día / es una prueba fiel del desencanto” (ibíd.). Al igual que en el poema titulado “Jep Gambardella” (p. 66) —como el genial protagonista de *La grande bellezza*, la extraordinaria película ganadora del Óscar a la mejor película extranjera de 2013, del italiano Paolo Sorrentino—, nuestro personaje se aferra a la incomunicación como un indiferente de Moravia, aunque con

bastante menos frivolidad. El estupor ante las contradicciones de la vida, la distancia entre las ambiciones y la realidad, da paso a una imposibilidad de soñar: “[...] Qué estúpida vigilia; // de dónde y para qué / todo este desatino de intemperies” (de “Ni siquiera el insomnio”, p. 73).

Al fin y al cabo la literatura, y la poesía más en concreto, no deja de ser un mecanismo para objetivar la realidad subjetiva que nos posee, y a través de ella quizá accedamos al único freno para un mundo frenético que sitúa cada vez más lejos los extremos realidad y deseo. Fruto de ese frenesí, presenciamos un suicidio al final del libro, culmen de la frustración y banalidad del mundo. Se trata de “D. D., ático 17b (exterior, mañana de enero)” (p. 74), y se refiere a Don Draper, el protagonista de la serie *Mad Men*, con lo que el autor sitúa el suicidio lejos de sí, es decir en un personaje, un otro que objetiva su subjetividad: “Hombres al resplandor del primer turno: / los imagino torpes e infelices” (ibíd.). El infierno son los otros, apostillaría Jean-Paul Sartre, echando balones fuera. Incluso la frecuente y morbosa idea de lo que imaginarán los amigos y seres cercanos después del suicidio: “Qué pensarás de mí cuando me leas: / tendrás, seguramente, la impresión / de que no he sido nunca demasiado / feliz y sí un ingrato empedernido” (de “Patrimonio futuro”, p. 76). Técnica textual por la que el escritor contempla el suicidio, vivido como experiencia poemática, sin embargo este trágico final no empaña —antes bien, lo redondea— el decurso narrativo de un libro con algo más que inquietudes, cultas pero accesibles a un lector medio, y segregadas por una sensibilidad vital a la que nada literario le es ajeno.

Dividido en cuatro secciones, “1. Borrado”, “2. Los ciegos escribanos del olvido”, “3. Canciones”, y “4. Tacha”, la pulsión existencial o tensión dramática del poema “Tendencia” (p. 24) preside también todo el conjunto: “Me fuerzo a la escritura (aunque prefiero / el silencio del sótano, / me empuja todavía / la inercia de aquel lapso): / cada vez más volátil; imprecisa / y caduca y estéril, como el ansia” (ibíd.). Seguramente la segunda parte, en torno a la idea del olvido que motiva el escepticismo de la voz autorial, espolea esa acción que todo escritor lleva dentro, depurándola, una vez que se asume la imposibilidad del decir, como en el poema titulado con tino “Honestidad” (p. 25), que dice íntegramente así: “Pero al buscar *lo simple* doy tantísimas / vueltas que estoy perdido / al cabo de un puñado de poemas. // Ojalá me bastara con decir: / *aquí se abre el dolor, no queda espacio / para el juego infantil de la esperanza.* // Y otra vez me cimbreo en lo banal, / otra vez entre pánico e impostura” (ibíd.). Simple y complejo al mismo tiempo. En *Tacha* nos quedamos en

muchas ocasiones sin aliento, como con esta composición, y es que, una vez agotado el recurso de la autenticidad, como desvelara Walter Benjamin, no queda nada más que la sensación de estar haciendo el ridículo en aras de no se sabe qué posteridad. Por eso un poco antes, en “Fundado en hechos ciertos” (p. 17), se parodia amargamente la poesía extraída de la vida, un jirón de vida, ya que el vuelo de las gaviotas de la cotidianidad no presagia “ningún mar”. Así, en otro magnífico poema de este intachable *Tacha*, “Los símbolos antiguos” (p. 18), se acepta irremediamente el paso del tiempo, y se asegura que “[...] Para nunca / habrá sido la vida. Para nada” (ibíd.).

Triste desolación que, no obstante, posee una suerte de interludio en las “Canciones” y que, como todo el poemario, nos ofrece un sabor o retrogusto agrídulce de una poesía bien hecha, sin estridencias, siguiendo la estela clásica de los epigramas, y que nos recuerda también a los trovadores, como en “*Farai un vers de dreit nien*” (p. 52), el célebre verso de Guillermo de Aquitania que da pie al poema homónimo, y que es otra muestra de la capacidad incisiva de la lírica de Francisco José Martínez Morán, aka Jep Gambardella, que sabe que “Si algo de lo que sé sirviera de algo, / jamás lo escribiría en un poema” (ibíd.), indicándonos —cincelado con estilo— su sarcasmo felliniano, su hastío mastroianesco y su, en suma, ironía de joven maestro. Menos es más, y Martínez Morán ha publicado un libro que nos sitúa ante el abismo de nosotros mismos, nuestros propios autoengaños: “Por qué tantas verdades y tan obvias” (p. 54, de “Ceñido por la luz de la mañana”). Eso es un mérito que no posee la lírica española contemporánea, plagada de impostura, verborrea y epigonismo. Mucho se nos ha quedado en el tintero por desgranar de este libro imprescindible, pero por ahora solo nos queda darle la enhorabuena a este poeta por habernos regalado este poemario tan necesario.

JUAN CARLOS ABRIL
Universidad de Granada
jca@ugr.es